

Pi y Margall, se dispuso que el Capellán Mayor de las Descalzas fuese Director honorario del Monte de Piedad de Madrid.

Reconozco como indispensable en todas las instituciones que exista este criterio de persistencia, que equivale en un tren al freno, tan necesario para su buena marcha como el motor.

Un hecho muy posterior explica los recelos de la época á que nos referimos. En 1876 escribió D. Angel Fernández de los Ríos su bien conocida *Guía de Madrid*, inspirada en un criterio apasionado por todo lo progresivo, y, no obstante no ser el autor asustadizo en punto á reformas, se mostró receloso respecto á los avances de la Caja de Ahorros de Madrid. Por aquel tiempo se habia verificado una transformación grande en la Caja de Ahorros de la corte. Se destruyó el antiguo casón en que habia habitado Carlos V, y se construyó uno de los actuales edificios de la plaza de las Descalzas, siendo seguramente grato para los empleados del Monte de Piedad tener en cuenta, en la época veraniega, que á Felipe III le parecia muy sugestivo para el estío aquella histórica plaza. Al mismo tiempo que se derribaba la casa más antigua, se reformaban los Estatutos, amoldándolos á las necesidades modernas; se creaba la Mutualidad escolar de Ahorro, que es un progreso grande que debe la patria á la Caja madrileña; traduciéndose estas y otras muchas reformas en una elevación de imposiciones, de 1870 á 1880, de 3 á 37 millones de pesetas. Por entonces dedicó *El Imparcial* un artículo editorial á reseñar, difundir y enaltecer los progresos de la Caja de Ahorros de Madrid, la que mereció ser premiada en la Exposición Universal de París. Apreciando, sin embargo, los progresos de la institución, D. Angel Fernández de los Ríos mostró el temor de que se desnaturalizase la Caja de Ahorros y el temor de crisis con tan considerable desarrollo económico, al que no podia servir de alivio el Monte de Piedad por medio de sus naturales cauces, sin tener en cuenta que esto, que le parecia enorme para el Madrid de entonces, estaba muy distante de serlo en comparación con otras capitales europeas, cuyas Cajas de Ahorros no solian tener como entidad complementaria el Monte de Piedad, y hacian, sin embargo, productivo el ahorro sin dificultades, según aquí ocurrió al irse abriendo nuevos cauces al capital social.

Las discrepancias referidas son, pues, explicables, si bien es sensible que con bastante intensidad se produjeran.

Comprendemos bien el sentimiento de los antiguos gestores del Monte de Piedad, así como nos explicamos, por ejemplo, el del ilustre Alcalá Galiano cuando consagra, en sus *Recuerdos de un anciano*, frases melancólicas á la desaparición del antiguo Madrid; pero también es cierto que los nuevos elementos, que tenían grandes entusiasmos y afectos por el Monte de Piedad, que creían poseer la clave de su eficaz desenvolvimiento, comprobado gallardamente por la realidad, y que constituían, según lenguaje de la época, una milicia nacional combinada con el ejército regular, debían experimentar amargura al ver que se interpretaban equivocadamente sus propósitos y